

PRIMEROS REVUELOS EN LA ESCUELA DE LA SOSPECHA. EL
INGRESO A LA OBRA DE NIETZSCHE DESDE EL PRÓLOGO A
HUMANO DEMASIADO HUMANO

First Stirs of the School of Suspicion. The entry to Nietzsche's Work
through the Preface to *Human All Too Human*

Germán Meléndez Acuña
Universidad Nacional de Colombia
gamelendez@unal.edu.co

RESUMEN: En este artículo se intenta una lectura pausada de las primeras líneas con las que Nietzsche inicia el prólogo de 1886 al primer volumen de *Humano demasiado humano*. Desde un punto de vista formal estas líneas permiten constatar la presencia de un rasgo protuberante de la escritura de Nietzsche: su estilo “performativo”. Nietzsche mismo *hace* aquello de lo que *habla*. Por otra parte, estas líneas plantean la pregunta por la imagen inicial que el autor proyecta de sí y de su potencial lector cautivo en este decisivo primer encuentro entre sí. Este último debe plantearse acuciosamente algunas incisivas preguntas acerca de su propio carácter, v. gr. ¿es él un verdadero espíritu libre?

Palabras clave: **estilo / espíritu libre / sospecha**

ABSTRACT: This article undertakes a slow reading of the first lines with which Nietzsche opens his 1886 prologue to *Human All Too Human* (part 1). From a formal point of view, these lines exhibit an outstanding feature of Nietzsche's writing: its “performative” style. Nietzsche *does* what he *speaks* about. On the other hand, these lines raise the question about the initial image which the author casts of himself and of his/her potential captive reader on this decisive first encounter between them. The latter must urgently ask himself some pungent questions about his/her own character. Is s/he, for instance, a true free spirit?

Keywords: **style / free spirit / suspicion**

... *pasará aún tiempo hasta la “legibilidad” de mis escritos —,
para lo cual se tiene que ser casi vaca
y, en todo caso, no “hombre moderno”: el rumiar ...*

KSA 5, 256; *La genealogía de la moral*, Pr § 8¹

Introducción

Nietzsche fue un autor particularmente preocupado por el hecho de que sus escritos no fuesen suficientemente leídos y adecuadamente comprendidos². A fin de evitar las malinterpretaciones más delicadas y previsible a su juicio, Nietzsche asume una y otra vez el papel de intérprete de su propia obra y adopta como tal la posición de émulo de sus lectores. Desde esta posición se expresa una y otra vez en sus escritos sobre sus escritos. Sus lectores han de sumar o, de hecho, frecuentemente, han de intercalar a la lectura atenta de éstos, una lectura del primero de sus comentaristas: el propio Nietzsche anidado

1. La obra de Nietzsche se cita según las dos impresiones existentes de la edición Colli-Montinari: *Kritische Gesamtausgabe Werke* o *Kritische Studienausgabe (Werke: kritische Gesamtausgabe)*, eds. Giorgio Colli y Mazzino Montinari. Berlín, de Gruyter, 1971ss; *Sämtliche Werke : Kritische Studienausgabe in 15 Bänden*, eds. Giorgio Colli y Mazzino Montinari. Munich: Deutscher Taschenbuch Verlag; Berlín; Nueva York: de Gruyter, 1980. Las referencias a la primera de estas dos ediciones se hacen con la abreviación *KGW*, seguida del número de la división (*Abteilung*) en romanos y del número del volumen (*Band*) en arábigos (ej. *KGW* IV.2). Las referencias a la segunda de estas dos ediciones se hacen con la abreviación *KSA*, seguida del número del volumen en arábigos y del número de página (ej. “*KSA* 6, 54” remite a la página 54 del volumen 6). En caso de citarse los fragmentos póstumos, se agrega la numeración asignada a ellos en la edición Colli-Montinari (ej. *KSA* 12, 312s., 7[54]). A las referencias a la edición alemana se agrega (después de un punto y coma) la referencia a la respectiva edición castellana. Para una más fácil orientación del lector, entre la abreviación del título de la obra y el número de página de la edición castellana se intercala el número del aforismo/apartado en el que se encuentra el pasaje, precedido, si es el caso, de la gran subdivisión de la obra (en números romanos) que lo aloja. Así, por ejemplo, “*KSA* 5, 313; GM II, §12, 99” remite a la página 99 de la edición castellana de la *Genealogía de la moral* ubicable en el apartado 12 de su segundo tratado. La abreviación “Pr” se refiere a “Prólogo”. Así, la abreviación HdH I, Pr §1 remite al primer apartado del prólogo al primer volumen de *Humano demasiado humano*. Las cartas de Nietzsche se citan según la edición alemana (*Sämtliche Briefe: Kritische Studienausgabe in 8 Bänden*, eds. Giorgio Colli y Mazzino Montinari, Munich, Deutscher Taschenbuch Verlag, 2003) con la abreviación *KSB* seguida del número del volumen, del número de página y del número de la carta (v.gr. “*KSB* 7, 229, Nr. 733”). Las traducciones de los textos de Nietzsche citados son del autor del artículo.

2. Sobre la mencionada preocupación de Nietzsche en la época de la redacción de los prólogos de 1886, véase M. Brusotti (ed.), *Friedrich Nietzsche. Tentativo di autocritica 1886-1887*, Génova, Il Melangolo, 1992 y más recientemente H. Burnett, *Cinco prefacios para cinco libros escritos. Una autobiografía filosófica de Nietzsche*, Belo Horizonte, Travessa, 2008.

en medio de su obra como sutil intérprete de sí. Sobresalen en este respecto los esfuerzos de Nietzsche por ofrecer una visión de conjunto de sus escritos. En ellos suelen entretenerse además correspondientes tentativas de una presentación de sí mismo. Esto último ocurre en virtud de la estrecha imbricación que Nietzsche estableciera entre su vida y su obra³. Pero ocurre también en virtud de la conciencia del papel que para la recepción de sus escritos juega una cierta imagen que desde temprano el lector se hace de la personalidad de su autor.

Nietzsche se siente impelido a trabajar directamente sobre su imagen y a convertirse en un consciente recreador de la misma. Es así como una interpretación global de los escritos de Nietzsche se encuentra no sólo acompañada por la interpretación que de ellos aporta prestamente el autor mismo, sino que se ve simultáneamente invitada a entenderse con los ejercicios del autor como auto-retratista o aun como autobiógrafo. Sin embargo, el lector, que bien pudiera creerse aliviado por esta deferencia del autor, se encuentra con que dichos ejercicios no le resultan necesariamente más legibles que la obra cuya comprensión deberían, en última instancia, facilitar. Por el contrario, su propósito pareciera ser el de hacer tanto más ineludibles las dificultades que parecieran restringidas a tal o cual aspecto más o menos puntual de su pensamiento: reaparecen ahora en contextos que por su carácter panorámico y auto-referencial hacen imposible ignorarlas. Cabe, por ejemplo, preguntarse, como ya lo han hecho repetidamente los intérpretes, si tales ejercicios auto-interpretativos no están justamente obligados a guardar congruencia con la crítica a la que la obra de Nietzsche sometiera la noción del “sí mismo” (*Selbst*) que es objeto de interpretación en su relación con aquellas otras nociones igualmente cuestionadas como yo, sujeto, conciencia, voluntad, intención, finalidad. El lector debe, por lo visto, transportar su aún precaria comprensión de difíciles y centrales filosofemas nietzscheanos a la exégesis de aquellas “ayudas” que el autor ha previsto para él. Entre los casos en cuestión descuella, sin duda, *Ecce Homo*, el último de sus escritos y, en varios respectos, la cumbre de sus dificultades exegéticas y auto-exegéticas.

Sin osar posarse sobre este escrito (pero sin dejar de columbrarlo), el presente ensayo dirige su atención a lo que con buenas razones puede caracterizarse dentro de la obra de Nietzsche como su proto-*Ecce*

3. Sobre la aludida conexión entre vida y obra en Nietzsche véase G. Meléndez, “El hombre y el estilo: (su) unidad y grandeza en Nietzsche” en: G. Meléndez (comp.), *Nietzsche en perspectiva*, Bogotá, Siglo del Hombre, 2001, pp. 215-234.

*Homo*⁴. Me refiero al conjunto de los cinco prólogos que Nietzsche escribe consecutivamente en la segunda mitad de 1886 para la segunda edición de sus obras hasta entonces publicadas. Concebidos originalmente por su autor como un preliminar para la lectura de sus obras por parte de los nuevos lectores que previsiblemente se allegarían a ella en la segunda edición de las mismas, estos prólogos pueden ciertamente ser asimismo abordados por los estudiosos de su obra como notables antecesores de *Ecce Homo*: y ello no sólo en su calidad de ejercicio autobiográfico sino en su declarada calidad de escrito preparatorio. Cabe, en efecto, recordar que, en los últimos planes del autor, *Ecce Homo* fue proyectado como preámbulo de una publicación que, con el título *La transvaloración de todos los valores*, debía emprender (o reemprender) lo que bajo este apelativo Nietzsche concebía en 1888 como la gran tarea que el destino le había reservado⁵. Ahora bien, en la obra publicada de Nietzsche, los prólogos de 1886 constituyen, sin que su autor acaso así lo previera, el preliminar más ostensible (pero menos estudiado⁶) de aquel otro preliminar, *Ecce Homo*, el más estruendoso que un autor se haya propuesto escribir jamás para preparar a un lector para una mejor comprensión de su obra futura.

4. C. A., Scheier (ed.), *Friedrich Nietzsche. Ecce autor. Die Vorreden von 1886*, Hamburgo, Felix Meiner Verlag, 1990, viii.

5. Cfr. W. Stegmeier, "Schicksal Nietzsche? Zu Nietzsches Selbsteinschätzung als Schicksal der Philosophie und der Menschheit (*Ecce Homo*, Warum ich ein Schicksal bin 1)", *Nietzsche-Studien*, n° 32, 2008, p. 19. Se ha de recordar además que "La transvaloración de los valores" fue el título que tomó finalmente, después de sus últimas radicales metamorfosis, el accidentado proyecto literario que, comenzando en el año 1884 (con el título "Filosofía del eterno retorno"), había mantenido desde el verano de 1885 (*KSA* 11, 619, 39[1]; *Fragmentos Póstumos III (1882-1885)*, [en adelante FP III], Madrid, Tecnos, 2010, p. 837) hasta agosto de 1888 el título de "La voluntad de poder". Cfr. G. Meléndez, "Los Fragmentos Póstumos de 1884-1888" en: G. A. Meléndez (ed.), *A propósito de Friedrich Nietzsche y su obra*, Bogotá, Grupo Editorial Norma, 1992, pp. 65-97.

6. Entre los pocos estudios se encuentran: C. A., Scheier (ed.), *Friedrich Nietzsche. Ecce auctor. Die Vorreden von 1886*, ed. cit., M. Brusotti (ed.), *Friedrich Nietzsche. Tentativo di autocritica 1886-1887*, ed. cit., R. Schacht, "Nietzsche's Nietzsche: the prefaces of 1885-1888" en: R. Schacht, *Making sense of Nietzsche: reflections timely and untimely*, Chicago, University of Illinois Press, 1995, pp. 243-265, H. Burnett, *Cinco prefácios para cinco livros escritos. Uma autobiografia filosofica de Nietzsche*, ed. cit. En "L'approfondissement du pessimisme comme clé de la formation de la pensée de Nietzsche" en: Paolo D'Iorio et Olivier Ponton (eds.), *Nietzsche et la philosophie de l'esprit libre*, Paris, Editions Rue d'Ulm, 2004, pp. 61-78, y "A inocência do devir nos prologos de 1886" en: Daniel Lins (ed.), *O devir criança do pensamento*, Rio de Janeiro, Forense Univesitária, 2009, pp. 34-52.) he abordado anteriormente dos asuntos específicos presentes en los prólogos: profundización del pesimismo e inocencia del devenir.

Con la idea de ser posteriormente complementado en ello por otro, el presente ensayo se ocupa del primero de los prólogos que Nietzsche redactara en aquel entonces, a saber, del prólogo a la segunda edición del primer volumen de *Humano, demasiado humano* [en adelante HdH]⁷. Se ocupa, más específicamente, de sus primeras líneas. Con ellas iniciaba el autor el relanzamiento de su obra y con él buscaba darse una nueva oportunidad para captar nuevos y mejores lectores y garantizar nuevas y mejores lecturas. Dichas líneas son una importante grada en el proceso de escalonamiento (o de degradación, para algunos) que Nietzsche transitará como autointérprete y autobiógrafo en su camino hacia *Ecce Homo*, es decir, hacia la última panorámica retro- y pro-spectiva que alcanzará a ofrecernos en el preciso momento en que su vida literaria se avecina a su definitivo eclipse.

1. Del autor y de lo (aún) capcioso

En sus primeras líneas, el *Prólogo* a la segunda edición del primer volumen de *Humano demasiado humano* (HdH I, Pr) introduce una tentativa de identificar con suma concisión lo que en todos los escritos de Nietzsche sería lo constante:

Se me ha expresado con suficiente frecuencia y siempre con gran extrañeza que habría algo común y distintivo en todos mis escritos, desde el "Nacimiento de la tragedia" hasta el último publicado, "Preludio a una filosofía del porvenir"⁸: todos conten-

7. De los cinco prólogos escritos por Nietzsche en la segunda mitad de 1886, el prólogo a HdH I, concluido el 16 de agosto, fue el primero en ser redactado (cfr. C. P. Janz, *Friedrich Nietzsche. Biographie*, München, Wien: Carl Hanser, 1978, vol. 2, pp. 485-6 y cfr. *KSB* 7, p. 227s., Nr. 732) y existen buenas razones para pensar que Nietzsche lo escribió pensando que él sería, antes que el prólogo a NT, la puerta preferente de ingreso a la segunda edición de sus obras. Antes de decidirse por la publicación de una nueva obra, *Más allá del bien y del mal*, Nietzsche estuvo trabajando desde junio de 1885, tras la redacción de la cuarta y última parte de *Así habló Zaratustra*, en una reedición ampliada y corregida de HdH (cfr. C. P. Janz, *Ibid.*, p. 435).

8. Subtítulo de *Más allá del bien y del mal* (1886). Llama la atención que Nietzsche recurra aquí al subtítulo, mientras que al final del primer apartado del prólogo apela al título. Nietzsche podría estar resaltando el hecho de que la obra que con estas líneas empieza a prologar –esto es, en rigor, no HdH I sino el conjunto de sus escritos– culminan, a su vez, en un preludio. A propósito de esto último cabe anotar, por un lado, que en las primeras líneas de uno de los borradores de este prólogo Nietzsche alude a HdH como "libro introductorio" (*KSA* 14, 117; cf. *KSB* 7, 229, Nr. 733: carta a Ernst Wilhelm Fritzsche del 16 de agosto de 1886 en la que Nietzsche habla de HdH como "portón", *Pforte*, hacia su "propio círculo de pensamientos) y, por otro lado, que el *Preludio a una filosofía del porvenir* surgió, como proyecto literario, de la decisión de Nietzsche de interrumpir el trabajo que había iniciado en una reelaboración de

drían, se me ha dicho, lazos y redes para pájaros imprevisores [*unvorsichtige Vögel*] y casi una constante e inadvertida exhortación a la inversión de valoraciones acostumbradas y valoradas costumbres.⁹

Es de notar, en primer lugar, que la visión de conjunto que aquí se ofrece de los escritos del autor aparece como una observación que uno de sus asiduos lectores o, mejor, que un hipotético personaje en representación de ellos ha compartido repetidamente con el autor y que ahora éste transmite al nuevo lector que apenas inicia con la lectura del prólogo. Este último —si no el único, ciertamente el principal destinatario del prólogo— se encuentra de súbito asistiendo a una instruida comunicación que aquel tercero —el “se” de “se me ha dicho”— ha establecido reiteradamente con el autor. La observación que este anónimo viejo lector le ha venido exponiendo al autor constituye en su primera parte (“todos contendrían, se me ha dicho, lazos y redes para pájaros imprevisores”) un intento de bosquejar una decantada imagen del autor en términos de cierto perturbador propósito constante que éste guarda respecto de sus lectores. Antes de confrontar al nuevo lector con la clara y sustantiva caracterización de lo que, a juicio del lector ya familiarizado, sería lo común y lo distintivo en todos sus escritos, Nietzsche permite que a ella le anteceda una desconcertante revelación acerca de la identidad del autor, quien, en el contexto convencional de un prólogo, suele asumir la tarea de presentarse ante el lector. Al autor se lo presenta como persistente cazador de pájaros¹⁰.

A esta súbita revelación para el nuevo lector se la introduce como un hecho repetidamente observado, expresado e incontestado por el ya consumado lector de todos sus escritos. Se la introduce no sólo como la decantación de una experiencia que se ha venido consolidando con base en su lectura de la obra entera, sino, además, como una consta-

tación que se mantiene incólume tras haber sido expuesta una y otra vez al conocimiento y al juicio, al enfado o desenfado (o demás reacciones posibles), del autor. Pese a haber tenido “con suficiente frecuencia” la oportunidad de recusarla, el autor, extrañamente, no parece haber querido en absoluto disuadir de ella a su viejo lector. A éste tiene que causarle entonces una reiterativa “gran extrañeza” ya no simplemente que un autor se dedique a entraparlo una y otra vez en cada uno de sus escritos, sino que este mismo autor se haya limitado hasta ahora a escuchar y tomar simple nota del hecho de que su lector “cautivo” le exprese su convencimiento expreso e incontestado de que el autor insiste en concebirlo como un incauto al cual puede seguir tendiéndole sus trampas con la expectativa de que obrarán igualmente, con o sin el mencionado convencimiento. ¿Qué tipo de desdeñosa actitud es ésta de parte de un autor para con su lector?

¿Pero qué decir del nuevo lector que ingresa a la obra de Nietzsche en este extraño escenario? A no ser que piense que el autor está esperando de él que acepte de entrada aquella misma insalvable condición de incauto y presa irremediable de sus constantes ardidés, ¿no tendría el nuevo lector que abrigar la expectativa de que el autor procederá a disipar enseguida, ante él al menos, la imagen que el viejo lector se ha hecho de él? ¿No se dispondrá, pues, ahora mismo el autor a concederle a su nuevo lector esta deferencia (tan halagadora como gratuita)? De no estar aquél así dispuesto, el nuevo lector tendría él mismo que caer en la más profunda extrañeza al advertir que el autor, sin recurrir a un decidido y decisivo contrapeso, permite que dicha imagen mine por completo y desde el primer momento la confianza en él. En caso de no interponerse una corrección de aquella imagen, el prólogo empezaría a *producir* ya en este punto —sin haber concluido siquiera, la oración con la que abre— aquello mismo de lo que en su inicio pareciera tan sólo querer *hablar*: a saber, la “gran extrañeza” a la que el asiduo lector de los escritos de Nietzsche está, por su parte, constantemente expuesto. ¿No tendríamos en tal caso aquí el justo inverso de lo que sería dable esperar de las primeras líneas de un prólogo? ¿No es éste, por cierto, el espacio regularmente reservado para que el autor se presente y acredite? En caso de mantener a su autor en el descrédito generado por tal imagen, ¿no estaría el prólogo produciendo también aquello otro de lo que pareciera tan sólo hablar: la *inversión* de una valorada costumbre?¹¹

Una presentación cabal busca normalmente poner de presente una filiación posible entre los presentados e identificarlos así como par-

HdH y utilizar el material producido en él para la publicación de una obra nueva e independiente con el mencionado subtítulo.

9. KSA 2, 13; HdH I, Pr § 1, 35. La traducción es del autor de este ensayo.

10. Ya en los borradores que en 1885 Nietzsche comienza a redactar en sus cuadernos con la idea de prologar una segunda edición de sus obras se encuentra mención de las redes tendidas para captar lectores: cfr. KSA 11, 507, 34[256]; FP III, p. 769 (abril-junio de 1885). En este fragmento se habla nuevamente de todos los escritos de Nietzsche pero, en contraste, no se habla de ellos en tercera sino en primera persona: “He hecho algunos intentos no inobjektibles de atraer en torno mío hombres a quienes pudiera hablarles de cosas tan extrañas: todos mis escritos fueron hasta ahora redes lanzadas: deseaba atrapar para mí hombres con almas profundas, ricas y alborozadas”. En otros fragmentos vecinos en el tiempo y en la intención (escritos como borradores para un prólogo) se habla de anzuelos, cfr. KSA 11, 534 y ss., 35[48] y 657 y ss., 40[59]; FP III, 785 y ss. y 861 y ss.

11. Sobre el carácter “performativo” del estilo de Nietzsche, véase L. Simonis, “Der Stil als Verführer. Nietzsche und die Sprache des Performativen”, *Nietzsche-Studien*, n° 31, 2002, pp. 57-74.

típicos reales o potenciales de una comunidad, como copartícipes de un propósito común. Un mínimo requerido para la creación y consolidación de una comunidad cualquiera es la *confiabilidad* mutua de quienes vienen a integrarla. Un acto de presentación de sí mismo, entendido como anticipación de una comunidad posible entre los involucrados en él, es un anticipo de la propia confiabilidad. Quien se presenta busca, ante todo, presentarse como digno de crédito ante los ojos de aquel a quien se presenta. En las primeras líneas del prólogo a HdH I, justamente allí donde se esperaría que se colocase una primera piedra en la edificación de la confianza entre autor y lector, lo que se cierne sorpresivamente como un peligro inminente es la posibilidad de que no pueda construirse entre ellos comunidad alguna en virtud de que al nuevo lector, en su condición de tal, pareciera implícitamente aconsejarse la adopción de la desconfianza del otro como principio a seguir.

Así, de la veracidad que se le pueda otorgar a la presunción que se condensa en aquella imagen del autor como cazador pende un manto de suspicacia que desde sus primeras líneas amenaza con extenderse sobre la lectura de todos sus escritos. En caso de tomársela por cierta o siquiera por *plausible* —y se ha puesto, y aún se pondrá, algún peso en este sentido—, la incursión, dubitante ya, en sus escritos sería comparable con la inmersión en un universo cartesiano dentro del cual, el autor juega abiertamente un papel comparable al de un ubicuo genio maligno¹². ¿Cómo más entonces, si no por la subsecuente tentativa de un categórico desvanecimiento de dicha imagen, podría uno explicarse que ella se encuentre aquí grabada como la proverbialmente preciosa primera impresión que se lleva el nuevo lector de su autor?

Una circunspección más detenida del escenario en el que se halla súbitamente colocado lleva al lector a advertir que, si la sospecha de capciosidad no se desecha, ella tendría que comprometer al prólogo mismo y a sus primerísimas líneas como parte reconocida de los escritos del autor. Así, ya esta extraña presentación por interpuesta persona (la del viejo lector), como cualquier ulterior presentación a título propio que en el prólogo fuese aún esperable encontrar, podrían eventualmente requerir de una interpretación retrospectiva, de una segunda lectura, según la cual no habría que esperar siquiera en estas primeras líneas un gesto encaminado hacia el mutuo conocimiento, sino un primer acto de encubrimiento: el primer artificio de un autor-captor en pos de su lector-cautivo. La posibilidad del engaño no sería enton-

ces un prospecto que empezaría a regir para tal o cual pasaje futuro de la obra. No se trataría de una admonición cuya pertinencia pudiese, en un primer momento al menos, mantenerse en suspenso. Pues, el nuevo lector ya está, de hecho, en contacto con el autor respecto del cual se lo ha prevenido desde el primer instante. Esta prevención llega por conducto de este último. El reporte que transmite sugiere que al autor no se le pueden quitar los ojos de encima: debe observarse constantemente dónde tiene puestas sus manos. Y *en* el texto, escrito por él, se las ve extendiéndole discretamente al lector el texto de un número “suficiente” de comunicaciones que lo presentan a él como cazador irredimible y a sus lectores como “pájaros imprevisores”. ¿No debería justamente el llamado al recelo y a la desconfianza comenzar a hacerse efectivo en el cuidadoso escrutinio de esta transmisión *del* Nietzsche capcioso en la que capciosa y, acaso, viciosamente podrían estar fundidos (como en el genitivo “del”) sujeto y objeto, el autor y su imagen?

La forma de mantener aún distancia frente a la incitación a la universal desconfianza consistiría paradójicamente en atenderla de inmediato mediante una aplicación reflexiva, auto-referencial de la misma: como incitación a desconfiar de la incitación misma. Ello equivaldría a adoptar una actitud de prevención no sólo ante la prevención reportada sino frente al reporte mismo. Pero ¿no equivaldría la aplicación reflexiva del principio de desconfianza a una caída en la primera capciosidad? Pues, ¿qué más capcioso que el nudo de un dilema como el anterior (si se duda o si se duda si se ha de dudar: en todo caso ya se duda) ante el cual se delibera con la sensación de hallarse uno aún en la libertad de tomar decisiones cuando de hecho se está inexorablemente conminado, por uno u otro lado, a un solo desenlace? El texto nos atrapa en una inextricable capciosidad: ha logrado *producir* aquello de lo que *habla*. Lo estaría *haciendo* verdadero y, al *hacerlo*, estaría confirmando que el autor tiende con él una red dentro de la cual el lector ya ha perdido inadvertidamente su libertad de maniobra. A la decantada observación del viejo lector se está sumando un indicio.

Tal es el hilo ininterrumpido de sorprendentes consecuencias que una segunda lectura alcanza a anticipar, ante todo para el caso en el que en el texto no se desdibuje la (¿capciosa?) imagen del captor. La vorágine de extrañeza y zozobra en la que uno podría seguir consumiéndose no tendría que terminar aquí, si no la detiene la expectativa razonable (y ahora tanto más abrazada) de que el autor sabrá desvanecer seguidamente la imagen que de él “se” ha presentado. Por lo pronto, antes de sumirse en ella, podría tener quizá más sentido

12. Cfr. R. A. Rethy, “The Descartes motto to the first edition of *Menschliches, Allzumenschliches*”, *Nietzsche-Studien*, n° 5, 1976, pp. 288-297.

esperar a que Nietzsche hable en nombre propio. Él tiene ahora la carga de la prueba: ahora debe dar él crédito de sí.

Pero ¿qué sucede en el texto a la vuelta de una página, justamente al final del primer apartado del prólogo? Allí el autor redacta lo que parece ser su confesión de veterano e irredimible pajarero. De su propia voz, en primerísima persona (“yo”), se escucha ahora al autor hablar sobre su ser, su hacer y su hablar —el de ahora y siempre— en palabras que anticipada, presurosa e injustamente cito por fuera de su inmediato contexto:

[...] la vida no ha sido concebida por la moral: *quiere* engaño, *vive* del engaño ... no es verdad? aquí comienzo ya de nuevo y hago lo que siempre he hecho, yo viejo inmoralista [*Immoralist*] y cazador de pájaros [*Vogelsteller*] — y hablo inmoralmente, extramoralmente, “más allá del bien y del mal”? —¹³

Insospechadamente, sin embargo, este pasaje con el que acaba el primer apartado del prólogo cierra con un signo de interrogación, sin que se acierte a determinar qué tanto de él queda realmente en interrogación¹⁴.

2. Del lector y de lo (ya) captado

El prólogo plantea abruptamente una situación de enorme tensión en la que deben tomarse dentro de la mayor indeterminación y brevedad decisiones que comprometen desde ahora la tónica en que ha de realizarse la lectura de la obra y decisiones que podrían a través de

13. *KSA* 2, 14s.; HdH I, Pr § 1, 36

14. En la traducción de las líneas finales de HdH I, Pr §1 he dejado intacta la puntuación del texto original, con la única excepción de una coma que el alemán exige después de “hago” (*thue*) para la introducción de una frase relativa. El español no la usa en estos casos y, por tanto, no hace presencia en mi traducción. He respetado la minúscula que sigue al primer signo de interrogación. Nietzsche ha deliberadamente ignorado la opción (ortográficamente posible en alemán) de colocar una mayúscula. He dejado deliberadamente por fuera los signos con los que en castellano se abre una pregunta (“¿”). No hay tales en la lengua escrita alemana. Sin embargo, el alemán, como el español, suele colocar el verbo en primer lugar cuando se introduce una interrogación. Por ello es necesario, por significativo, dejar los verbos en la misma posición en que aparecen en el original alemán. En particular, debo destacar que en el original (como en la traducción) el verbo “comienzo” no va al inicio de la oración, es decir, no precede al “ahí” (*da*) como sería de esperar en el caso de una interrogación. Dada la presencia del guión (intraducible del alemán de Nietzsche al castellano) que sigue a “cazador de pájaros [*Vogelsteller*]”, ¿podría entonces estar este verbo (como también, por extensión, el verbo “hago”) por fuera del campo de acción del signo de interrogación que aparece al final? ¿Tenemos aquí sí una confesión sin asomo de duda?

ella poner o no inadvertidamente en riesgo la integridad del lector en respectos que aún están por definir tomando como punto de partida la referencia a una inversión de valores y costumbres.

Se trata, en sus rasgos más generales y fundamentales, de una situación arquetípica: alguien se enfrenta a algo que *podría* representar un gran peligro. Independientemente de si a éste se lo concibe como real (v. gr. verdadero) o tan sólo como posible (v. gr. verosímil), se trata de una situación que (en uno u otro grado) *nos* pone integralmente a prueba: pone a prueba nuestros reflejos, nuestro temple, nuestro carácter, nuestras facultades, nuestra percepción de la situación y de nosotros mismos en relación con ella. En el estado de agitación en el que enfrentamos o columbramos un peligro se pone en nosotros prácticamente todo en movimiento. Tomando como pauta una mínima caracterización del peligro (lo temible) como “mal posible”, cabe decir que en nuestra respuesta ante el peligro juega un papel la dimensión y el grado de probabilidad en que sentimos que el mal nos acecha de acuerdo con lo que nuestros poderes de percepción, cognición e imaginación nos informan en las condiciones de peligro. Juega un papel, por otra parte, lo que anticipamos como nuestro grado de vulnerabilidad ante la irrupción misma del mal (vulnerabilidad que, para el caso del dolor, calibramos en términos de firmeza/fragilidad, aguante/desesperación, integridad de ánimo/descomposición). “Medidos” anticipadamente ante el peligro, hecha la contrastación de la inminencia y prominencia del mal con nuestra condición de vulnerabilidad, entran entonces también en juego nuestras disposiciones básicas frente al peligro (lo temible) como lo son la temeridad, la valentía, la cobardía. En estos conceptos resumimos nuestras diferentes actitudes frente a un peligro que ya damos por cierto. En casos en los que el peligro se nos presenta no como cierto sino como *posible* se suman a nuestra respuesta (correspondientemente mitigada) al peligro, actitudes de expectación tales como la reserva, el miramiento, la aprensión, la suspicacia y demás grados de la desconfianza asociados a los grados de probabilidad que se le atribuye al peligro. Estas formas de estar predispuesto modulan a su vez la actitud de alerta (vigilancia) que exige el peligro, esto es, un particular aguzamiento de los desempeños perceptivos y cognitivos. Estos desempeños ya le han dado previamente piso a una u otra de aquellas predisposiciones pero deben ahora, en un segundo momento, aplicarse a una más amplia y atenta circunspección tendiente a medir con mayor precisión la extensión del peligro en la simultánea tentativa de dejar bien establecido lo que en el entorno podemos desatender

como inocuo o contar como auxilio confiable. Con base en este censo se proyecta y se adopta un curso de acción preventivo.

A esta pluralidad concebida como un conglomerado de actitudes y desempeños subsecuentes del que se hace acopio en la movilización de nuestros poderes cognitivos se la condensa en el concepto de previsión¹⁵. En el caso que nos ocupa una movilización semejante tiene ya lugar al inicio del prólogo de HdH I. En la forma más o menos mitigada en que la convencida constatación del viejo lector ingresa en las consideraciones del nuevo lector y, más aún, en los primeros desconcertantes indicios de extrañeza y capciosidad que el texto ofrece de manera auto-referencial, se encuentra una primera percusión de nuestras respuestas ante el peligro. Sobre el trasfondo de esta movilización en ciernes, la mención de los “pájaros imprevisores” adquiere toda actualidad e inmediatez. Ante la obvia inquietud acerca de si con ella ha de darse él o no por aludido como potencial objeto de captura, el lector se descubre dándole ya una respuesta *in actu* mediante la directa inspección del curso y talante de sus primeras reacciones. La pregunta por la pertinencia de la expresión “pájaro imprevisor” como calificativo que le pudiese corresponder no es una pregunta que se plantee aún como enteramente abierta. El lector se está ya preguntando si es o no un ser imprevisor antes de terminar siquiera de esclarecer si es cierto, como se afirma, que el autor lo ha previsto *a él* (o a sus iguales) en calidad de tal como el destinatario de su obra. La referencia a los “pájaros imprevisores” le ofrece prestamente un espejo con el cual contrastar la imagen que de sí viene arrojando la introspección que acompaña a su actividad de lectura.

En la actitud previsiva en la que ya seguramente se encuentra en virtud de la detenida circunspección a la que se ha visto conminado en el umbral mismo de la obra, encontramos entonces al nuevo lector a punto de hilvanar sus consideraciones acerca de la identidad de los (presuntos) destinatarios de las obras de Nietzsche y acerca de la propia, con miras a establecer si hay entre ellas una riesgosa correspondencia o una tranquilizadora falta de ella. ¿Qué conjetura les permite formular el texto sobre este particular? ¿Es la expresión “pájaros imprevisores” simplemente un apelativo para referirse sin otra especificidad a *todo* lector posible como preso(a) potencial de los escritos de Nietzsche? ¿O hay en ella una clave que aluda a un conjunto delimi-

15. En el concepto de previsión no entra como tal el componente anímico y emocional que entra en la caracterización de la temeridad, la valentía, la cobardía. No se incluye, pues, en él la totalidad de nuestra respuesta integral al peligro sino tan sólo aquel componente que cabría describir como epistémico.

tado de ellos como potenciales lectores cautivos y que les permita en este punto identificarse (o no) de antemano como tales y precaverse (o despreocuparse)? El lector cauto ha de buscar nuevamente señales en el poco terreno recorrido. Al revisar este estrecho entorno, el lector atento se topa con la dedicatoria del libro. En la portada de la segunda edición de HdH se encuentra claramente destacada, nada menos que como subtítulo de la obra, la indicación de que este es “un libro para espíritus libres”¹⁶.

La cuestión que ahora se plantea es si la expresión “pájaros imprevisores” remite justamente a estos “espíritus libres”. ¿Es la primera una descripción alternativa de lo que la segunda denota?¹⁷ El nuevo lector podría conjeturarlo como hipótesis de posible valor heurístico. La presencia de la palabra “pájaro”, referida a un ser tan fácilmente asociable con la libertad, le daría una primera ratificación de que la expresión utilizada podría estar aludiendo a ella¹⁸. La referencia a los pájaros encontraría ciertamente explicación cabal si se la entiende como remisión no a un animal de caza cualquiera sino a un animal

16. *KGW*, IV.2, pág. 5.

17. Es posible que así fuera para el viejo lector. Él, de quien proviene la primera descripción (“pájaros imprevisores”), ha tenido oportunidad de sustentar y corroborar su juicio acerca de todos los escritos del autor y tendría que haber pasado necesariamente por *Humano demasiado humano*. Tendría entonces que haber recordado que el autor se dirigió otrora a él como espíritu libre en su calidad de lector destinatario de la primera edición de HdH (*KGW*, IV.2, pág. 1). En su reiterado recurso a la imagen de los lectores de la obra de Nietzsche como “pájaros imprevisores”, el viejo lector tuvo que haber pensado que el autor les daba un trato de tales precisamente a los espíritus libres, al menos en dicha obra dedicada expresamente a ellos, cuando no también en otras como *Aurora* y *Ciencia Jovial* proclamadas por Nietzsche como co-pertenecientes al periodo de su “espiritualidad libre”. Al adoptar y mantener este apelativo de “pájaros” para referirse a aquellos a quienes el autor intenta apresar en todas sus obras, ¿no habrá querido implicar el viejo lector que la dedicatoria a los espíritus libres puede hacerse extensiva a los destinatarios de *todos* los escritos de Nietzsche? Lo anterior no es, en todo caso, algo que el nuevo lector pueda saber del viejo, pues, entre otras cosas, en su ejemplar no se encontraba seguramente la portada de la primera edición con su dedicatoria. El nuevo lector de 1886 no poseía en su ejemplar de la segunda edición la portada de la primera (como sí es el caso de los lectores actuales de la *KGW*: cf. *KGW*, IV.2, 1 y 5).

18. Sobre el pájaro como personificación del espíritu libre, véase, por ejemplo, KSA 11, 329s., 28[64]; FP III, 264s. (otoño de 1884). Sobre la presencia de los pájaros en el “bestiario” de Nietzsche, véase B. Crowley, “Index to animals in Nietzsche’s corpus” en: C. D. Acampora and R. R. Acampora (eds.), *A Nietzschean bestiary: becoming animal beyond docile and brutal*, Lanham, Boulder, New York, Rowman & Littlefield, 2004, pp. 334 y ss.: “The bird is far and away the most populous animal in Nietzsche’s writings, with sightings in over 140 passages (...) As an important figure it appears in the prefatory remarks to *Human, All Too Human*, as well as the culminating sections of *Daybreak*, *Thus Spoke Zarathustra*, and *Beyond Good and Evil* (...)”.

de caza que se caracteriza por su prominente libertad. En ello podría hallarse, si no una indicación inequívoca, sí un guiño al nuevo lector en el sentido de que es a él justamente a quien se alude como potencial presa de caza *en cuanto espíritu libre*. Pues, a la pregunta acerca de si él es un espíritu libre, tendría muy seguramente que haber ya respondido afirmativamente, dado que, tras la ineludible lectura del subtítulo, ha decidido iniciar la de la obra¹⁹. El subtítulo le ha requerido expresamente que se identifique adecuadamente como espíritu libre antes de hacer ingreso a ella y así seguramente lo ha hecho como lector atento y circunspecto. Pero ahora debe detenerse y autenticarse en un segundo, más acucioso y más cuidadoso, acto de identificación. Pues de su correcta autenticación depende ahora, no ya un permiso de ingreso, deseado y otorgado, sino la posibilidad de verse expuesto a un constante peligro.

Sin embargo, no se habla en el texto de trampas para “pájaros” sin más, sino de trampas para “pájaros imprevisores”. ¿Qué significa aquí esta seña adicional? ¿Es aquí el adjetivo “imprevisores” un adjetivo que circunscribe dentro del conjunto de los pájaros cuáles entre ellos son concebidos como objeto tentativo de captura? ¿O es él, por el contrario, un adjetivo con el que se describe a todos los pájaros, concebidos en su totalidad como susceptibles de caer en las trampas tendidas? Quizá, en el primer caso, el nuevo lector se encuentre eximido del peligro, así se ratifique como un espíritu libre. Ahora debe preguntarse si es él un imprevisor, aparte de ser, o pese a ser o, acaso, justamente *por* ser, un espíritu libre. ¿A qué falta de previsión se refiere la cuidada expresión de los viejos lectores? ¿Se hace aquí referencia a una genérica falta de previsión o a una específica? En este último caso, a fin de tomar o no las precauciones necesarias, al nuevo lector le interesaría saber (todavía bajo el supuesto de que los viejos lectores hayan acertado sobre las intenciones del autor para con sus lectores) qué tipo de imprevisión podría el autor haber anticipado en los espíritus libres al haber dispuesto en conformidad sus lazos y redes.

19. No es este el lugar para introducir una detenida caracterización de lo que el nuevo lector podría razonablemente haber comprendido en 1886 bajo el apelativo “espíritus libres”. Menos aún, es este el lugar para determinar en detalle la imagen completa que Nietzsche se hacía de ellos en general o, siquiera, en el prólogo en cuestión. Sin obviar que una y otra comprensión diferían grandemente, es preciso subrayar que en ellas debía existir una coincidencia básica justamente en lo que pudiese tener de pertinente y efectiva como anzuelo para nuevos lectores y como punto inicial para su trato con ellos. Para una compacta presentación global de aquella concepción del espíritu libre en Nietzsche, cfr. G. Campioni, “Freigeist”, en: H. Ottmann (ed.), *Nietzsche-Handbuch: Leben – Werk – Wirkung*, Stuttgart, Weimar, Metzler, 2000, p. 235.

La palabra que aquí venimos traduciendo como “imprevisor” es el adjetivo alemán *unvorsichtig*, el negativo de *vorsichtig*, previsor. El verbo del que proviene este adjetivo, el verbo *vorsehen*, significa prever, esto es, ver hacia adelante o, mejor quizá, ver por adelantado, en el sentido de anticipar con la vista o, figuradamente, con “el ojo del alma” o “de la mente” (este es, con la inteligencia o, en fin, con el espíritu) aquello con lo que podríamos toparnos o chocarnos para desgracia nuestra si no se hace ejercicio adecuado de ella. La *capacidad* que permite la realización repetida de estos *actos* previsivos, pero también la excelencia (la virtud) que permite hacer buen u óptimo ejercicio de ella, es lo que se llama “previsión” (*Vorsicht*). En un sentido menos literal, pero en la más corriente de sus acepciones, la palabra *Vorsicht* traduce también cuidado o atención (tal y como se la suele entender cuando se la usa en imperativo, “¡(ten) cuidado!”, “¡(pon) atención!”, “Vorsicht!”). Alude a lo que se suele denominar como “presencia de espíritu”.

Así pues, la expresión “pájaro imprevisor” puede referirse a un pájaro que incurre en un acto puntual de imprevisión o a uno que no posee la capacidad o la virtud de la previsión. ¿Qué condición tendría que darse entonces en un espíritu, comparable a un pájaro como el espíritu libre, para que se lo pueda calificar de imprevisor? En este punto se debe resaltar que tanto la previsión, como, por ende, la imprevisión, no son en el pájaro un atributo incidental cualquiera. En su condición normal y, más aún, en su condición cabal, el pájaro se desplaza con suma libertad en las alturas y es esta natural condición suya la que le permite justamente sobresalir entre los demás animales como aquel que posee la visión de mayor rango: como aquel que, por su libertad de movimiento, puede desplazarse entre la más amplia diversidad de horizontes, dentro de cada uno de los cuales puede adoptar, a su vez, las más variadas perspectivas, desde la más abarcadora (la panorámica) hasta las más limitadas. En rigor (y en vigor, diríase) todo pájaro es, por naturaleza, previsor. Un pájaro que reposara en un solo lugar y, para colmo, en tierra, es un pájaro que ha perdido categóricamente su condición más distintiva, su superlativa movilidad y sería en consecuencia un animal inesperadamente sujeto a lo imprevisible: en fin, un pájaro caído.

Así pues, la pregunta que como espíritu libre se hace el lector acerca de su posible condición de pájaro *imprevisor* le exige en el fondo una enfática confirmación del primer rasgo de identidad ahora en una actitud de mayor reflexividad en la que se ha de preguntar por su autenticidad. ¿Es él *realmente* el pájaro que cree ser? ¿Es él un *verdadero*

pájaro? ¿Posee él la previsión que es aquí clave? ¿Puede él dar genuina prueba de ella? ¿O requiere él mismo todavía de una? Debe preguntarse entonces no sólo si es un pájaro, un espíritu libre, sino si lo es a cabalidad, fiel a tal punto a su condición como para instintivamente querer y poder prever no este o aquel peligro sino el que tiene que ser por naturaleza *su* (más *propio*) peligro: el que, según nuestra anterior interpretación, reside en caer en un estado en el que se estuviese *constantemente expuesto a la imprevisión*. Este parece ser precisamente el peligro del cual el viejo lector inadvertidamente advierte al nuevo lector por medio del autor. La imprevisión es, sin embargo, un estado al que no se sucumbe primeramente como *consecuencia* de caer preso en manos de un captor sino al que se sucumbe previamente como *condición* que hace posible esta caída o cualquier otra en general. El primer peligro para el espíritu libre no es, pues, el peligro de la caída misma sino, por así decirlo, sucumbir al decaimiento que la predispone. Sucumbir a *su* decaimiento, descender de su más propia forma de ser, es para un espíritu caer en la desatención, en el descuido: perder su presencia de espíritu.

Con la misma firmeza con la que el espíritu libre ratifique ahora su condición de tal, con esa misma habrá respondido con una enfática negativa a la pregunta acerca de si es él un pájaro imprevisor. ¿Están entonces, después de todo, los escritos de Nietzsche escritos para él? En una lectura llana, descomplicada y, no obstante, pertinente de esta pregunta, la respuesta igualmente llana tiene que ser, a juzgar por todo lo anterior: “¡no!” Pero en la pregunta yace una importante ambigüedad. La respuesta a la pregunta planteada debe tomar en cuenta algo que no se venía ignorando del todo, a saber, que la expresión “pájaros imprevisores” es una expresión que en la pregunta debe interpretársela entre comillas: así mismo se interpretó el sustantivo “pájaros” y no hay razón para dejar de hacerlo con el adjetivo “imprevisores”. La pregunta que se hace el nuevo lector en tanto espíritu libre debe ser en primer lugar la pregunta acerca de si él podría ser considerado como un pájaro imprevisor por su presunto potencial cazador. Pues bien, a la expresión “pájaros imprevisores” la cita el autor como original del viejo lector. Pero éste parece utilizarla, por su lado, con el propósito de descifrar la intención del autor y la elección de la expresión “pájaros”, como veíamos, daba ya indicio de ello (intentaba hacer eco de la dedicatoria escogida como subtítulo por el autor mismo). Con ella tendría, por tanto, que estar tratando de poner en palabras la imagen que *el autor* se ha hecho de su potencial víctima al contemplarla como objeto

de sus maquinaciones literarias. El autor cita las palabras del viejo lector como palabras que, a su turno, pretenden citar las del autor.

La pregunta, así interpretada, no es entonces ya la pregunta que el nuevo lector se hacía acerca de si él se juzga o no un pájaro previsor y si, por tanto, se juzga o no susceptible en general de caer preso. La pregunta es si el autor lo tenía o no justamente a *él* y a sus iguales en mira cuando concibió cada uno de sus escritos. La pregunta es ahora si el autor estará (está ya) a *su* acecho y no al de algún otro espécimen. ¿Cómo interpretar entonces la expresión “pájaros imprevisores” en el uso oblicuo que hay que darle en el contexto en que ella aparece? ¿Cuál es en este contexto la extensión del término? Surgen aquí nuevamente, *dentro* de las comillas, las dos opciones examinadas. ¿Es el adjetivo “imprevisores” aquí un adjetivo explicativo o un adjetivo especificativo? ¿Busca ella caracterizar a todos los pájaros o sólo a algunos? ¿Tiene o no el cazador, según el emisor original de esta expresión, a todos los espíritus libres en su mira? ¿Son o no todos ellos en principio objeto de sus constantes tentativas de captura?

El uso especificativo nos colocaría ante un extraño escenario. El cazador tendría en su mira no a los pájaros todos, sino entre ellos sólo a los imprevisores, esto es, a aquellos pájaros privados de su virtud distintiva, deficientes en la condición que les es propia y por la que descuellan por encima de los demás animales. Se trataría correspondientemente de un cazador de exiguo rango: un “cazador” de pájaros disminuidos o desahuciados. Esta es una posibilidad cuyas implicaciones (aquí omitidas) la reducirían al absurdo. El uso explicativo trae sus propias dificultades. Resulta evidente que en la medida en que se pueda interpretar la expresión “pájaros previsores” como expresiva de un vínculo de connaturalidad entre el ser pájaro y el ser previsor, en esa misma medida se ha de pensar en un uso explicativo del adjetivo “previsor”. Por ello mismo, si se sustituye al adjetivo “previsor” por “imprevisor” la expresión “pájaro imprevisor” suena como un auténtico oxímoron, si no como una auténtica contradicción en los términos. Debe intentarse entonces una alternativa. Podría intentar interpretársela como introduciendo no una insostenible sustitución sino una enigmática adición que construye sobre el tácito sentido explicativo de “previsor”. En tal caso la expresión significaría algo así como “imprevisores pájaros-previsores”. ¿Qué podría significar entonces esta expresión con la que el viejo lector intenta captar la imagen que el autor, en cuanto cazador, se ha hecho de *todos* los espíritus libres? Al proponerse el autor tender lazos y redes para los animales previsores por naturaleza intenta superarlos en perspicacia. Piensa que su argu-

cia logrará hacer que, aún en posesión de su plena virtud, los pájaros previsores han de sucumbir a los imprevistos que él les urde. Se juzga capaz de prever para ellos lo que no estarán en capacidad de prever y se juzga capaz así de capturar lo que por naturaleza se muestra incapturable. Pero puesto que no se trata de la cacería de animales en los cuales la previsión fuese un atributo incidental su aspiración no puede ser la de esperar que la captura sea igualmente accidental según el uno prevea y el otro no. Por tanto, para la caza de este animal se requiere que el cazador haga surgir la trampa de la mismísima naturaleza *previsora* de su presa. Ha de buscar el artilugio que convierta su fortaleza constitutiva justamente en su debilidad y eventualmente en su perdición.

Esta parece ser la imagen que se ha puesto en palabras dentro del uso encomillado de la expresión “pájaros imprevisores”: la imagen de un pájaro al cual se le descubre una imprevisible debilidad a la que está constitutivamente expuesta su naturaleza *previsora*. En estas palabras se escucha, pues, un inmenso reto. El autor estaría retando al lector destinatario de su obra a prever lo que la máxima previsión incuba como necesariamente imprevisto: una imprevisión que emerge no pese a, sino de la propia naturaleza del espíritu libre.

En esta interpretación de la expresión, el prólogo comienza por sugerir implícitamente que *todos* los escritos anteriores de Nietzsche (entre ellos, claro está, el libro prologado, HdH I, pero no sólo él) estarían dirigidos a los espíritus libres en su carácter de espíritus *previsores* por excelencia. Estarían destinados a quienes se conciben y se ratifican a sí mismos como los *más* previsores o los previsores sin más. Pero al anunciárselos como escritos llenos de lazos y trampas para pájaros *imprevisores*, se los presenta como un altivo desafío dirigido a ellos. Podría decirse incluso que el espíritu que no advirtiese esta advertencia implícita en las palabras del viejo lector probaría con ello no ser propiamente el más atento y cuidadoso de ellos. No sería un espíritu a la altura del espíritu libre. El libro está dirigido al espíritu libre como pájaro perspicaz y es él justamente quien estará en capacidad de escuchar *aquí* un reto: quien no posea la perspicacia ni tenga además la correspondiente conciencia (¿el orgullo?) de estar en posesión de ella, ni la detente como su principal título de distinción, pasará por alto que aquí se le está planteando un atrevido reto.

A todas estas, ¿posee, acaso, a tal punto el autor un conocimiento previo de sus potenciales pájaros cautivos? ¿Les ha prestado ya tal atención y cuidado? ¿Qué autoriza al autor a creer que en su propio conocimiento *previsivo* de los espíritus libres los aventaja a tal punto

como para creer estar en capacidad de sorprenderlos y apresarlos? ¿Cree ser él mismo uno y, por cierto, el más aventajado de ellos? ¿No está el autor retando a su lector, al espíritu libre, en un sensible punto de honor, a saber, no sólo en punto al cuidado sino al conocimiento de sí?

A manera de epílogo

¿Cómo reacciona el espíritu *previsor* ante un reto así planteado? ¿No tendría que preguntarse si éste no es acaso ya un lazo y una red que se le ha tendido para cautivarlo? El reto pareciera ser, en efecto, un reto cuidadosamente expresado de manera que sólo él y sus iguales lo adviertan con su ojo avizor. Pareciera con ello distinguírsele y en ello podría esconderse un halago que lo ate enseguida al autor y a la subsiguiente lectura. Que así se lo entrevea dependerá, ante todo, de si el lector reconoce o no en el reto un gesto que enaltece primeramente al autor y en el cual estuviese labrada ya la impronta de *su* propio espíritu: de su propia visión, agudeza, sutileza, perspicacia, viveza. Pero a todo ello no se lo puede llegar a apreciar aquí por *lo que* inicialmente se deja entrever y finalmente queda expuesto como un reto, sino por la *forma* (por el *estilo*) como se lo deja entrever y se lo deja finalmente expuesto. El reto debe ser como evento comunicativo lo que se llama un acto de habla. Pero para que *obre* como tal reto, el retado debe poder identificar correspondientemente en él el *sello* de *quien* lo lanza. Sólo de aquel a quien pueda juzgarse como émulo puede surgir un reto. ¿Qué tendría entonces que juzgar un espíritu libre como sello fehaciente de la previsión, la atención, el cuidado? ¿Es el exhibido estilo de las comprimidas y sutiles *insinuaciones* el signo requerido de perspicacia? ¿Lo será, por contigüidad, todo lo que fina y diestramente se le presenta a un espíritu asimismo perspicaz como tácito, implícito, subrepticio, indeterminado, incierto, ambiguo, enigmático, insospechado, *imprevisto*? ¿Reconoce el espíritu libre necesariamente en la captación de todo ello lo distintivo de su propio carácter y de su propio gusto?

Pero aun suponiendo que el espíritu libre registrase signos que le permitiesen reconocer el reto que se le ha puesto como un gesto de distinción proveniente de un espíritu comparable en principio a él, ¿qué tal fácilmente atraído se siente él por el halago de quien se le presenta a la vez como émulo suyo en acto y como su vencedor en potencia? ¿Es él en todo caso un animal orgulloso por naturaleza y cuyo orgullo le obligue a batirse y a exponerse prestamente a la rivalidad y al peligro anunciado? ¿Es, a propósito, el espíritu libre, como espíritu *previsor*,

un animal *valiente* a fuerza de dejarse tentar por lo incierto, lo indeterminado, lo indefinido? ¿Estaría ya el autor demostrando que capta adecuadamente al espíritu libre cuando su estilo nos seduce subrepticiamente a seguir una intrincada red de insinuaciones?